

EL DEFENSOR DEL OBRERO

La Virgen del Carmen

Con luz del cielo, y armonías de los ángeles, y bendiciones de los hombres orlado se halla el nombre de la Virgen Madre.

Dios mismo celebra a María, la historia narra sus glorias, la poesía la dedica sus mejores estrofas, la música canta su belleza, la pintura la ofrece los más brillantes colores y la escultura inmortaliza tan peregrino nombre; pues, el genio del artista cristiano, expresando en forma plástica la inspiración concebida, con el buril o el cincel, se encarga de adornar los altares marianos.

Múltiples y variadas, como son las emociones del alma fervorosa, admitimos gustosos, por la fe y la piedad, las distintas advocaciones de Nuestra Señora; vienen aquellas atravesando una y otra generación de Santos, y propagándose con milagrosa rapidez, llenando pueblos y familias y logrando ¡dulce victoria! que el amor a María haya cautivado a todos los corazones, que suspiran y ruegan a lo alto, diciendo: *¡Salve esperanza nuestra, salve!*

Echase de ver, por otra parte, y esto es testimonio de gran consuelo, que la promesa de Jesucristo agonizante, dejándonos a su Madre por Madre nuestra, haya siempre y en todo lugar tenido su más exacto cumplimiento.

De cuantos títulos de amor y gratitud filial invocamos, los aquí desterrados, a aquélla, que desde la eternidad mira por nuestro destino o porvenir, ha logrado obtener devoción popularísima el nombre del Carmen, ya que esta sola palabra explica perfectamente el de la Reina de los cielos y tierra, Madre del Amor hermoso, fuente de inspiración santa, raudal de encantadora poesía, lirismo de las almas buenas.

Y así es, en efecto, si prescindiendo de otros pormenores, nos remontamos al origen celestial del Orden carmelitano y a la muy propia significación del bendito escapulario, trofeo de las victorias de María Inmaculada.

Al oriente de la Palestina, hay un monte más célebre que la cenicienta plataforma del Selen, más ennoblecida que las montañas de Armenia, más floreciente que la cima de Sión, segundo Sinaí bíblico, donde el Moisés de los carmelitas recibió el código de paz y salvación que le ofreciera la Legisladora y Corredentora de los hombres. Sobre la cumbre de este nuevo Líbano, de este anticipado Tabor se halla un venerable anciano, quien busca en el pináculo del Carmelo un signo de reconciliación entre el cielo ofendido y la tierra prevaricadora; ora el justo, y al instante, del fondo del mar, se levanta graciosa una nubecilla pequeña. Esta, al principio imperceptible nube, queda suspendida a manera de dosel, sobre la histórica montaña: de allí a poco se deshace en lluvia copiosa que

fertiliza los campos. Aquella nubecilla, según todos los sagrados expositores, imagen es de María y a su maternal rocío brota, como el pimpollo de una rosa, la Religión del Carmelo, que con sus fáciles virtudes la abillantaron y propagaron por la faz del mundo los Albertos y Gerardos, los Corsinos y Juanos de la Cruz, la querúbica Magdalena de Pazzis y la seráfica castellana Teresa de Jesús.

Pero hay más: otro hombre, lleno de celo por la gloria de Dios, como el profeta Elías; otro hombre, en medio de la soledad, alzaba al cielo su frente y con su mirada iba la oración y con la oración su alma; aquel hombre, de imperecedero recuerdo y grata memoria, era Simón Stock; abandona su retiro, se interna en medio de la Europa, abraza el instituto de los hijos del Carmelo y se erige en paladín aguerido, trovador entusiasta y apóstol infatigable de la Virgen María. El premio, la recompensa, el galardón a tanta bizarría, a tanto sentimiento, a tanto desvelo no se hace esperar, y un día, ¡bendito ese día!, la señora le muestra el escapulario como prenda de salvación, signo de predestinación, objeto sagrado de alivio en las aflicciones del mundo. *Ecce signum salutis, ut sit salus in periculis*, dijo María al hacer entrega de aquel obsequio al insigne carmelita.

Desde entonces, el escapulario de la Virgen del Carmen viene siendo otra loriga de la fe, escudo de protección, arma invencible, lábaro glorioso y estandarte de hidas victoriosas.

El niño que duerme tranquilo sueño de ángel, el joven que vive en el estrépito de las gentes, el anciano cuyo cuerpo se inclina ya a la tumba; el soldado cristiano y el marino creyente; el que goza de las efímeras dulzuras de la vida, como el que se ve privado de libertad; el europeo y el americano y en hombre de cualquier región, casta o tribu, siempre que en Dios crea y en María espere, el título, la advocación, el nombre de la virgen del Carmen será para todos conocido y venerado y el santo Escapulario un motivo poderoso de remedio eficaz en sus dolencias y quebrantos, en los pesares del alma y en los males del cuerpo.

IGNACIO L. DE M. PERO.

POR LA GUERRA

Niños, con pena profunda llegan a nuestros oídos los terribles estampidos de esa guerra furibunda, y nuestro buen corazón aunque no comprenda todo, debe sentir a su modo tierna conmiseración. Pues bien, os quiero alistar como valientes soldados o generosos cruzados para una empresa sin par.

¡Infantes corazones esparcidos por la tierra, hay que hacer guerra a la guerra con preces y comuniones! Lanzad a las baterías, cantantemente, a diario, con las cuentas del Rosario granadas de Ave Marías. Rezadlo con grande afán, con muchísimo fervor, la herejía era aun peor (1) y así la venció Guzmán. Pero no basta rezar, mis cruzados infantiles, faltan nuevos proyectiles, debéis también comulgar. Dice entre sus salmos varios el profeta rey David, fijáos muy bien y oid: que contra sus adversarios, Dios le tiene preparada con asombrosa manera, no un fuerte ni una trinchera, sí una mesa regalada. Al banquete del Altar hace aquí clara alusión que en profética visión Dios se lo quiso mostrar. Pues si queremos vencer en esa heróica empresa, hay que venir a esta Mesa, de este Pan hay que comer, y decir con santa audacia y con ánimo resuelto: «Jesús mío, no te suelto «si no me haces esta gracia «Todos sufren los desmanes «de la guerra y sus reveses, «piedad para los franceses «y para los alemanes. «Que sean o no cristianos «y de cualquiera nación, «todos vuestros hijos son, «todos son nuestros hermanos: «acaben tantos disgustos, «escuchad nuestra demanda; «en la ciudad más nefanda «aun quedan más de diez justos «y ahora este escuadrón «diminuto y singular, «por amor quiere sitiar «a tu amante Corazón.» El ardido no será vano, en cuanto le recibáis, a ver como le quitáis el azote de la mano. Tened, tened confianza, que lo habéis de conseguir, y muy pronto ha de lucir el iris de la bonanza. ¡Infantes campeones, cubrid el llano y la siecca: hagamos guerra a la guerra con preces y comuniones!

SOR FELISA GIRAUTA

Estudios Sociales

EL HOMBRE SIN FE

Muchas, muchísimas veces en mis largas horas de insomnio, cruzó por mi mente este tipo, si se me permite llamarle así, y pensé dibujarlo conforme aparecía en mi pensamiento este ser vil y degradado que, gracias a nuestra ansia por imitar a los franceses, dignos nietos del impío Voltaire y del enciclopelista Rousseau, se ha esparcido por nuestro hermoso suelo y pulula en ciudades, villas y aldeas, llevando en su frente y en su risa sarcástica el sello del condenado que no

(1) La herejía albigena que llenaba de ruinas y estragos el país de Langueoc.

puedo tener la fe que salva, la fe que hace llevadera la vida del hombre sobre este mar tempestuoso del mundo.

Triste y desgraciado sería el camino del hombre por la tierra sin esa virtud hermosísima, digno remate del magnífico edificio que el cristianismo levantó entre las ruinas de los más poderosos Imperios, y sobre cuyo remate plugo al Supremo Hacedor poner una nueva vida llena de misterios y maravillas, que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el entendimiento humano con sus más brillantes encubricaciones pudo jamás concebir.

Vanas y supérfluas serían las demás virtudes si en el pecho del cristiano no luciera la antorcha de la fe; palabras huecas que se disipan al soplo del huracán, serían los más tremendos misterios y las más terribles verdades de nuestra sacrosanta religión sin el auxilio de la fe. Decidme ¿acaso concebíamos el sublime anhelo del misionero que por plantar el signo de la Cruz en regiones desconocidas, cruza presuroso los mares, pasa con sublime entusiasmo por encima de toda clase de peligros, hasta caer rondado por la fatiga y el cansancio, sin madre que estampe en sus mejillas un beso, símbolo del amor purísimo, sin amigos en quien depositar sus confianzas, sin más tumba que los ardientes arenales del desierto, o las tenebrosas guaridas de una selva umbría, habitación de fieras y alimañas?

No, triste es decirlo, pero la vida del hombre sin fe, es lo más horrible que puede imaginarse, es una ráfaga de viento helado que quema flores y frutos en el campo que ayer aparecía hermoso y exuberante de vida y verdor, es el terrible huracán ante cuyos bramidos, caen a tierra los árboles seculares de las altas montañas, lo mismo que los sencillos arbustos de los floridos valles, es la tromba marina que no respeta ni al gallardo vapor que con su potente quilla hiende las aguas del Océano, ni a la tímida barquilla del pescador que teme a cada momento ser sepultada en los negros abismos del mar sin fondo.

¿Queréis en pocas palabras saber quién es el hombre sin fe? Voy a trazarlo a grandes rasgos para que sepáis aborrecerlo y odiarlo con toda vuestra alma.

¿Véis ese anciano, antes de tiempo engorvado por el peso de los vicios y en cuya vista debilitada aún se ven restos de un fuego oculto que el demonio de la impureza encendió en su negro corazón, cuyos vacilantes pasos no saben dónde dirigirse y cuya cabeza encanecida en meditaciones de objetos asquerosos jamás se alza al cielo que puro y diáfano convula a la posesión de una vida perdurable? Pues... ese anciano es un hombre sin fe, sin creencias religiosas, que el día menos pensa-